



«El guardián de la piedra»

Jorge Chiesa

Cuando volvimos de la fiesta,
en la intimidad del hogar,
algo pareció revivir de las tinieblas.
Son tan predecibles ustedes los hombres,
dijo ella enseñando aquello que tenía para mostrar.
Aparte de eso, ninguna otra cosa digna de mención.
Ideas de viejas catástrofes
como si el matrimonio fuera una tierra plana,
sostenida por una tortuga gigante.
Hay tantos hombres queriendo encender un fuego,
luchando por mantenerlo vivo y luego opinando
desde sus propios satélites de infelicidad.
Comentarios que te hacen pensar
en tu mujer durmiendo en el cuarto de arriba
y no querer subir.
Confundir una playa de arena blanca
con la habitación alfombrada de tus perversiones
es como pedir a gritos que alguien te ayude.
No es la primera vez que sucede
ni hace falta mirar el reloj para saber que es
cualquier hora.
Entro en la cocina descalzo y apoyo las manos
en el mismísimo lugar donde hace apenas un rato
ella y yo dimos
el último zarpazo.

Después de esos destellos fugaces
todo hombre es un pez blando,
una baba pudriéndose en el sitio exacto donde todo empezó.
Y el cuerpo un lugar marcado con la X del sexo,
un tesoro y al mismo tiempo un mapa del tesoro conocido por todos.
Si es aquí donde todo empezó
es probable que aquí sea donde todo termine
y acaso vuelva a empezar para que al cabo de un tiempo
ese nuevo comienzo se apague y nuestros gestos queden sobreimpresos
en un contexto de inminente
carne muerta.

Que tu última visión sea la de un jardín milagroso
hecho del instante preciso en el que el tallo más desahuciado
da verdes señales de vida
no es otra cosa que una expresión de deseos.

En conclusión: tu historia de amor ha terminado. Ok;
¿pero cuándo te diste cuenta?

Con las primeras gotas y el viento silbando en la piedra
tal vez se inicie un ciclo de nuevos conciertos y nuevas inundaciones.
Eso que, colándose por las ventanas, podría interpretarse
como la revelación que nadie quiere escuchar.

Ahora el agua golpea y resbala:
es tan fácil ser estafado y confundir
hogar con casa.

Una noche una paloma entró por la chimenea
y me asustó su batir de alas en la oscuridad.
Tengo que admitir que escribí más de una carta larguísima
sólo para descubrir que escribir me calma.

Por eso no duele ver papeles en el tacho de la basura:
son los papeles que importan y que en su momento
han servido.

Igual seguimos con las discusiones que nos mantienen despiertos.

A veces pienso en la vida de las aves,
de cierta clase de aves o mejor dicho de cierta clase de pájaros,
pájaros subestimados
como los teros;

que solos, sin pareja, se mueren.

Porque es evidente que todos los hombres tienen algo de tero

mientras ellas juegan como juega el gato con una pelota de papel
que acabo de tirarle: el intento fallido de otro poema:
distintas versiones de lo mismo.
Y a pesar de ello, sigo hundiendo mis manos en lo escrito
como en una tierra sana.
¿Y dónde están las otras vidas que había planeado para mí?
De tanto en tanto la vieja escalera de la mente resuena:
un cuerpo al que se le han roto algunas vértebras:
gente desconocida subiendo y bajando de las habitaciones de tus afectos.
De la calle llegan los gritos borrachos
de jóvenes envueltos en el manto frío del alcohol
y yo todavía en la cocina:
un espacio de luz que se parece al interior de un huevo iluminado,
como si algo pudiera estar gestándose todavía.
Encerré al gato en el garaje y ahora hay un gato rascando la puerta,
haciendo subir la marea de la irritación.
Quisiera estar alerta a las palabras recién nacidas,
pero estoy más alerta a las afiladas uñas del gato,
y a los ladrones imaginarios que noches atrás anduvieron por el techo.
Escuché ruidos, agarré un cuchillo y sacudí la cabeza
para separar la paja del trigo.
Fue ahí que, lleno de un coraje también imaginario, grité.
Al día siguiente volví e investigué mejor bajo la luz del sol,
esperando encontrar un sendero de tejas rotas.
Pero no había huella ni nada,
y sentí que la falta de pruebas se robaba esa experiencia.
Al fin y al cabo se trató de uno de esos episodios
que inclina la balanza de la paranoia y a veces
provoca la compra de ese revólver
que después hay que esconder.
Es decir que hay un arma en la casa.
Para matar el tiempo me miro las venas del antebrazo:
un árbol raquítico de finas ramas azules
sin frutos perdurables que lo sostengan.
¿Sirve de algo hilvanar las cosas dichas e irreparables?
¿O acaso no sería mejor cerrar los ojos y decir
aquí no ha pasado nada?
Pero sucede que ese dar vuelta la página

equivale a pasar el rencor en limpio y producir situaciones del más vivo llanto.

Cuando mi abuelo murió, yo no tenía más de diez años y lloré porque mi madre lloraba.

El gato insiste para que lo deje entrar y maúlla como si él también imitara un dolor.

Aunque se empieza hablando de un tema específico, lo verdaderamente importante son los desvíos, caminos llenos de baches que irán llenándose con el agua llovida de nuestras alegrías y nuestros miedos.

Claro que también podría hablar de las inundaciones que nos asolaron, de cómo es vivir en un estado provisorio, entre cajas y muebles embalados.

Volver al tema, nunca resuelto, de la mujer.

De mi mujer y yo juntos, habitando una isla, que cede y le gana terreno al mar.

Es que acá estamos todavía, para bien o para mal, formando una familia.

Afuera los bares están cerrando.

Por momentos me olvido de mis hijos durmiendo cada uno en su cuarto hasta que por fin amanece y la leche empieza a ser una preocupación.

Puse todo mi esfuerzo en las dos o tres ideas que al final mordieron el anzuelo

y tuve que sacar del barro de las ideas que no dan de comer.

A veces para dormirme simulo meterme en un lugar pobre (una casa de madera pero con un interior cálido)

mientras afuera la tormenta es un perro que gruñe o me imagino a salvo en un refugio subterráneo.

Agotamos nuestras energías demasiado pronto o las guardamos para los planes nunca realizados o realizados a medias y ya no podemos cargar con el peso de esa mochila porque nada contiene.

¿Hasta cuándo voy a subir la cuesta

para comprar la leche y el pan y también descubrir si mi esfuerzo es sincero?

Quiero decir: esas cosas que hacemos por los demás.
Porque también cuido del animal que llevo adentro,
decido poner la insistencia del gato entre paréntesis,
y lo alzo.

Estoy a punto de sacarlo a la calle
pero la puerta está cerrada con llave
y me demoro.

Como si fuera un junco, sé que del otro lado me espera un día
de muchísimo viento.

El gato me araña y salta a esconderse,
y ahora hay un gato negándose a la salida del sol
mientras yo me hundo en el mar de las buenas intenciones.
Casi enseguida empiezan a brotarme tres hilitos de sangre
como violetas frágiles, recién florecidas.

Oculto en la oscuridad, el gato me mira asustado.

¿Qué es lo que sabe de la tibia, misericordiosa oscuridad?

Un padre se pasa la noche en vela
para que sus hijos sueñen
con una casa de sólida piedra.

JORGE CHIESA. Nació en La Plata en 1969. Es abogado y vive en Mar del Plata. Publicó los siguientes libros: *La Pesquita* (poemas, 2007, Dársena 3), *Los Libritos* (poemas, 2011, Goles Rosas), *Nilsen* (poemas, 2011, Ediciones Suarez), *Dinamarca* (cuentos, 2011, Ediciones Suarez), *Tony* (novela, 2012, Clase Turista), *Un invierno ruso* (poemas 2012, Olmo Ediciones), *El animal equivocado* (poemas, 2014, La Bola Editora), *Las Nubes* (poemas, 2018). Obtuvo el primer premio en el Concurso Municipal de literatura Osvaldo Soriano en los géneros poesía y cuento, la primera mención de honor en el 10º Concurso de novela corta Aurora Venturini, el primer premio de poesía Fundación Banco Ciudad de Buenos Aires y el primer premio de poesía en el Concurso Nacional de Cuento y Poesía *Adolfo Bioy Casares*. En el año 2015 participó en la antología de poesía *Las olas y el viento*, editado por Letra Sudaca.